

“Este pueblo no tiene historia” es la respuesta que recibió Carmelo Lisón cuando acometió la tarea de hacer una monografía antropológica sobre Belmonte de los Caballeros y que sus paisanos tomaron como una historia sobre el pueblo. Carmelo Lisón tuvo que afrontar en estos sus primeros comienzos en la investigación un doble desafío. Por un lado, mostrar que era posible hacer una historia de un pueblo sin historia y, por otro lado, hacer antropología sin dejar de hacer historia. De la superación de ese doble desafío es prueba evidente la celebración de este ya III ciclo de conferencias de Historia local y el múltiple reconocimiento de haber tramado ambos ámbitos científicos que obtuvo ya de sus colegas en el Reino Unido como Daviso franceses como Joseph Perez o Traimond, otros europeos como Henningsen o españoles como Moncó y muchos más.

La edición de Belmonte de los Caballeros por parte de Princeton University Press (1983) llevaba como subtítulo “Antropología e Historia en una comunidad aragonesa”. Y, por cierto, está dedicada al rev. Moisés García Sanz de Zaragoza. Su tarea fue pues mostrar que su pueblo tenía historia y hacerlo al modo antropológico. En primer lugar, no dejó de emplear fuentes documentales. Algunas de ellas como las crónicas o relatos de viajes, que halló en las compilaciones de García Mercadal, como la del portugués Barreiros o el holandés y arquero Cock que perteneció a la Guardia Real de Felipe II, o documentos que halló en el Fondo del Pilar o en el Archivo Histórico Nacional. Con un sorprendente giro empleó la autoridad de los documentos para convertir en un topónimo histórico lo que en realidad era un disimulo antropológico y así Belmonte de los Caballeros sustituyó a la Puebla de Alfindén. Una sustitución que precisamente se enlaza con una leyenda de fundación del pueblo, la que narra que se trata de un nuevo emplazamiento de una anterior población que estaba peligrosamente próxima al río Ebro, haciendo notar que con el traslado se alargó el nombre del pueblo antes llamado Caballeros (Alfindén) y luego Belmonte de los Caballeros (La Puebla de Alfindén). El topónimo era completamente verosímil, porque tanto Belmonte como de los Caballeros son nominaciones bien reconocidas en Aragón. Claramente Belmonte es un guiño a Gracián. La tradición del desplazamiento de la población de un lugar peligroso a otro más resguardado es común a varias poblaciones de la ribera del Ebro (y de otros ríos). Hoy día, después de la crisis del postmodernismo, las monografías antropológicas sobre comunidades ya no disimulan los nombres reales de ellas, pero en el tiempo en que Carmelo Lisón escribió esta obra se trataba fundamentalmente del cumplimiento de un acuerdo de confianza entre el investigador y sus informantes, salvando el anonimato sin perder un ápice de la fiabilidad histórica de los datos. No sólo histórica sino también geográfica. Así en el mapa del término en la página 21 (“no dice que sea dice “basado en” el del Instituto Geográfico y Catastral”) todos los topónimos son los reales (Camino de La Solana, Campo del Salz,...). Solo cambian los de las poblaciones La Puebla, Alfajarín, Pastriz y La Alfranca por Belmonte, Arcos, Torres de Montearagón y Rosaleda respectivamente.

Pero la historia de Belmonte pudo ser comenzada a escribir en buena medida porque Carmelo Lisón la buscó donde realmente se encontraba, especialmente en los archivos parroquiales (desde el XVI), cuya lectura y registro hizo detalladamente, completados con las Actas del Concejo (desde el XVIII). En los archivos parroquiales, por ejemplo, encontró las visitas del arzobispo, del vicario episcopal o del secretario del vicario, unas 43, realizadas a lo largo de los siglos XVI al XIX. Una fuente sorprendente de datos no sólo sobre la vida religiosa en Belmonte, sino también sobre las costumbres y la moralidad de los vecinos. En las Actas de Concejo encontró no sólo la distribución de cargos sino su ocupación por parte de unas personas u otras, los mecanismos de representación de los grupos sociales, los proyectos de obra pública, las ordenanzas, etc., pero también las repercusiones de las vicisitudes políticas en España a lo

### III CICLO DE CONFERENCIAS SOBRE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA LOCAL. LA PUEBLA DE ALFINDEN 27/06/2020

largo del tiempo. Para mostrar, por ejemplo, hasta qué punto se hacía sentir en el pueblo la presencia del Estado, incluye un listado de los pronunciamientos que tuvieron lugar en España en el siglo XIX y el XX (hasta la Guerra Civil) y las repercusiones de la llamada Revolución de 1868.

Todos los grandes apartados de la monografía llevan un tratamiento histórico destacable. En unos para mostrar las diferencias relativamente permanentes en la propiedad de la tierra y en los estratos sociales, en otros los cambios producidos en los ciclos de vida de las personas y en el papel de las generaciones o las tensiones entre la autoridad externa al pueblo y este y el papel del Síndico Procurador General y también las tensiones entre al arzobispado y el clero y la feligresía locales manifestadas en ocasiones en las variaciones del cumplimiento del precepto pascual, agudizadas en determinados periodos a lo largo del siglo XIX y XX.

Difícilmente la etnografía de cada uno de esos apartados podría entenderse sin la tramazón con los datos históricos aportados. En buena medida, Carmelo Lisón, por un lado, estaba enmendando los planteamientos teóricos funcional-estructuralistas que predominaban entonces en el Departamento de Antropología Social en Oxford donde presentó su tesis, y por otro lado a los planteamientos de historia de los acontecimientos que predominaban entonces en los Departamentos de Historia de la Universidad de Zaragoza. Y así con posiciones críticas tanto hacia la Antropología Social como hacia la Historia de acontecimientos, su monografía sobre Belmonte de los Caballeros sin dejar de ser una historia local es a la vez una historia social, una sociología rural y una monografía antropológica de comunidad.

Al cabo de 64 años transcurridos desde su publicación esta monografía ha cobrado relevancia como relato histórico. Los cambios producidos en estos años, el impacto de la proximidad a la capital, el polígono, la llegada de nuevos vecinos procedentes de otros lugares, la sucesión de generaciones, etc. ya no permiten leer la obra en clave de actualidad, sino más bien como conjunto de relatos de un tiempo pasado, mientras sigue siendo modelo de como enlazar los tiempos, el presente y el pasado.

Pero Carmelo Lisón nos ha dejado trazado también cómo enlazar el presente y el futuro y lo ha hecho con sus obras escritas, con esa historia y antropología sobre Belmonte de los Caballeros y con otras muchas más que giran en torno a la complejidad que tiene la vida humana, a la honda experiencia del vivir y del convivir, al enorme esfuerzo de comprensión que muchas veces hay que hacer para entender los variados sentidos que puede llegar a tener la vida y a la no menos grande satisfacción que se alcanza cuando se logra esa comprensión, ese entendimiento. Y además de sus obras nos ha dejado un legado para seguir intentándolo mediante la investigación, la lectura, la reflexión, la discusión intelectual y el diálogo como principal misión de una Fundación que tiene su sede en La Puebla de Alfindén. Y esta vez, en este tercer Ciclo de Conferencias, que es la primera en la que él no está presente para participar como tantas veces hizo antes, nuestra intención es que no se note tanto su ausencia porque ciertamente nos ha dejado esas huellas indelebles bien marcadas dentro, en todos los que tuvimos la fortuna de cruzar nuestros caminos con los suyos.

Y en su recuerdo y en su nombre, la Fundación Lisón-Donald les invita a participar y disfrutar de este III Ciclo de Conferencias sobre Historia Local, un acto que él ya había programado en vida y en el que le hubiera gustado estar, participar y disfrutar con ustedes. Para comenzar y como inicio les invitaría a guardar un minuto de silencio, como duelo por él, pero también por todos aquellos a los que la pandemia se llevó tan furtiva y desoladoramente.